

ÍNDICE

La bulliciosa plaza de Belorado suda vida	13
Llevo años con el fuego de la memoria en las entrañas	31
Cómplices y apacibles Pilatos que venís a escudriñar	43
La historia del tesoro de la dote es confusa	57
García y Ava tomaron posesión del condado	73
Córdoba era el último oasis en los dominios califales	85
Mientras, con resignación ante el brusco cambio de sus vidas	95
A lo largo de las ausencias de su esposo, Ava asumía	105
Ava vivía la calma que precede a la tempestad	115
Mis tripas se niegan a guardar acomodo	123
Todas sus responsabilidades en el gobierno del castillo.....	143
Sancho, el hijo predilecto de Ava, se puso al frente	161
Si aún estáis ahí valiente lector	181
Una luz ridícula se descuelga por la única tronera.....	205
Despertad, Cardelle, ¿me oís?... ¡Despertad!.....	215
En sus aposentos del castillo de Lantarón.....	227
Compulsivo lector, con la contundente sentencia de la dama	243
¿Epílogo?	255
Glosario	259
Nota de la autora	261

“Nadie escupa sobre su tumba”.

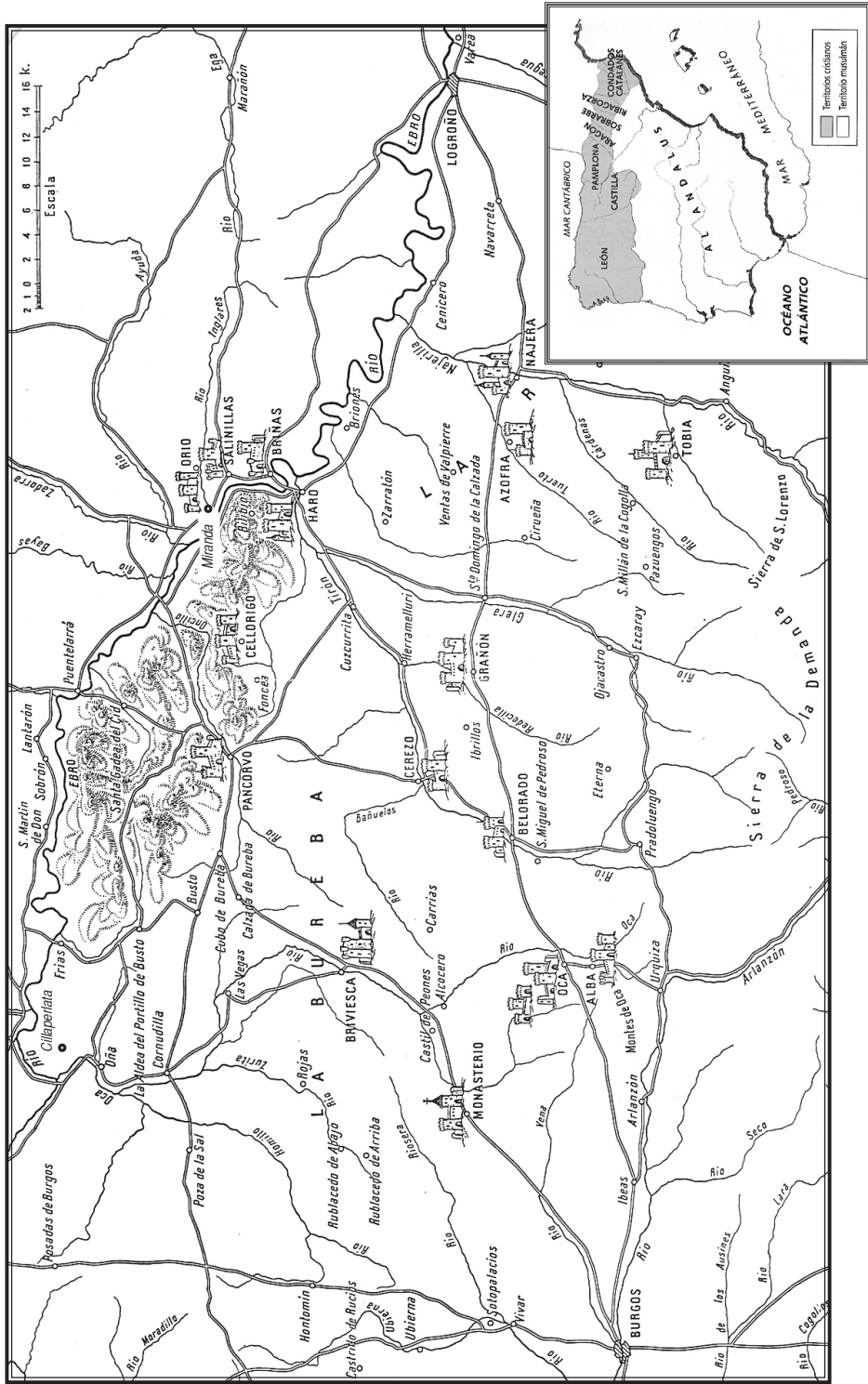
CARDELLE DE ALBELDA

“Pues la mala reputación es ligera y muy fácil de levantar, pero dura de soportar, y es casi imposible quitársela de encima. Ninguna reputación desaparece totalmente si mucha gente la corre de boca en boca.

Sin duda que también ella es un dios.”

HESÍODO

Ruta de la dama y el juglar por Castilla y Navarra (siglo xi)



La bulliciosa plaza de Belorado suda vida con su variopinta y embaucadora turbamulta. Verduleras metidas en carnes y pordioseros que por no tener ni tienen el don de la vista; predicadores de infierno en grito y rameras de descosido valor; aguaderos que invitan a morirte de sed y agoreros que prometen camellos que pasarán por el ojo de una aguja. Con ellos, y a la contra, juglares como yo, y ministriles con sus músicas de vibrantes laúdes y mandoras, las dulces fídulas, las alegres vihuelas y los gemidos nostálgicos de las gaitas venidas del norte. Guirigay de olla podrida que ensordece a todo aquel que deambula entre los tenderetes en el año de gracia de 1034. Paso obligado del camino a Santiago, entre yermos de Logroño y Burgos, la villa ha crecido, doy fe, gracias a los favores de una realeza engrandecida. Amparada por su imponente castillo, Belorado pone alto precio a su posición de cruce de caminos. Es la moza codiciada por Navarra y Castilla. Les cuento esto porque la jornada no se presenta próspera y conviene ejercitar la lengua. Pero en cuanto pueda y haya corrillo,

largo cantos y leyendas jugosas para hinchar mis alforjas de tintineantes monedas. Quien avisa es menos traidor. A lo que iba: las arcas de navarros y castellanos han peripuesto paisajes y han impuesto paisanajes en Belorado. Y hoy, lunes de gracia, la plaza se disfraza de mercado como es de ley desde los tiempos de Fernán González, conde de Castilla. Así es porque, agradecido a los buenos oficios del pueblo de Belorado ante el rey de Navarra que le tuvo preso con hierros y mazmorras, Fernán González salió libre y concedió prebendas de por vida a los beloradenses... Y aquí me tienen vuestras mercedes, Cardelle de Albelda, cristiano juglar de voz y trovador de historias, dispuesto al trueque de monedas por aconteceres. ¡Que suenen la vihuela y la cedra, y resuene el tambor en ayunas de los ministriles!

En el nombre de Dios, amén.

Mala cosa es, señores, estar falto de pan.

Ruego a Santa María y al Padre Santo

que os dignéis a escucharme pues nuevas traigo.

Es la crónica de una dama, lo que quiero contar,

que con nuestra Castilla no supo maridar...

Los curiosos se suban a los poyos,

a las rejas se encaramen los ansiosos.

Parroquia entregada es menester para que ella,

Ava, bella y cruel ribagorzana,

por amor al poder, propicie la muerte de su esposo

el conde García-Fernández de Castilla.

Así, pues, mis versos darán razón sobrada

de los tejemanejes de tan ilustre dama.

De cómo el hayib Almanzor,

a través de insidioso mensajero,

profería engañosas palabras de amores.

Palabras que enardecen humores,
tientan a Ava, que, halagada y seducida,
enemista al hijo contra el padre, parricida.

¡Mientes, juglar!

¿Qué pasa? Me interrumpie un bulto de sombras arropado que se ha hecho visible a escasos pies de donde estoy. A juzgar por lo que dice y su bravura, auguro sequía de monedas para mi faltriquera y un gran dispendio de energías para mis entendederas. ¡Mal negocio! Contraataco.

—¡Ah, ladrona de femenina voz! Habéis venido a sacar tajada de mi arte. Descubrid vuestro rostro y favoreced a los presentes deleitándoles o bien callando.

—Vuestra lengua escupe veneno. Emponzoñáis diciendo lo que el pueblo quiere odiar.

El arte de agradar no es otro que el de exagerar. Me descubro ante quien poder medir mi ingenio.

—Lo que es verdad a la luz de una vela no lo es a la luz del sol.

—Mi arte es la palabra con la que desnudo el mundo injusto para vestirlo de sueño placentero.

—La muerte se ríe de los sueños.

—¡Ni mencionéis a la Gran Dama de la Guadaña, por Dios! Mirad, todos empiezan a irse. Mala cosa. No han venido aquí para escuchar sentencias mortuorias.

—Sois como el rey despótico que despoja la realidad del mundo a su antojo y según soplan los vientos.

—¡Y dale, señora, o lo que seáis! Por Dios ¿qué más puedo hacer?

—Podrías recurrir a algo tan eficaz como la verdad. ¡Hasta nunca! Y cuidado con lo que decís.

Enmudezco. Y conmigo mis dos músicos. Y con nosotros la voluble audiencia. O lo que queda de ella. Nuestras gracias ya son pasto del olvido. Aquí estamos tres pasmarotes. Sin recompensa. Ni unos míseros sueldos; ni hogaza de pan con la que remediar el hambre. Y lo que es peor, ni una triste alabanza que alegre nuestra flaca vanidad. ¿O es que los versos y su música no valen siquiera un requiebro? ¿Para qué fabular si el verso no halla eco? ¿Quién era o qué, esos ojos parlantes tras las sombras? Recojamos los bártulos antes de que la noche se nos eche encima. A la taberna. El olor áspero de las brasas de jara, que arropan el mísero puchero colgado en el hogar, y el aroma a pan de centeno, rebañado en grasa de tocino, embalsaman el aire del mesón y nos dan de lleno en las narices, disuadiéndonos de salir por piernas de aquel tugurio, no ya oscuro sino lóbrego, apenas iluminado por la mecha de un mohoso candil. A tientas, procurando no resbalar en el mugriento suelo de tablones saltarines, nos abrimos paso entre los taburetes, desperdigados a la buena de Dios, hasta alcanzar la esquina de una mesa arrinconada bajo una retahila de alacenas repletas de jarras. Nos sentamos dispuestos a aventar los malos humores provocados por la dama, calentando las venas con unos sorbos de vinillo joven, cuando una irónica voz que conocía bien, vino a subrayar nuestros deseos entre las risotadas de los truhanes que le acompañaban, emboscados tras los odres y los vahos del puchero:

—Pronto tabernero. Corran las jarras. No escatiméis el vino, pues mucho habrán de tomar el gran Cardelle de

Albelda y sus ministriles, para resucitar sus gaznates enmudecidos por las burlas de la desconocida y altiva peregrina. ¡Ja, ja, ja!

—Vaya, ahí tenemos a Juan de Baveca, villano remedador con aires de segrer que se dedica a trovar sin siquiera hacer juglaría. Tahúr, camorrista y bebedor, incapaz de cantar un romance sin despeñarse en disparates. ¡Salud, candelilla! Quisiera yo ser tan bueno en eso de imitar cantos de lechuzas y cornejas, ¡Uh, uh, uh!

—“Vuestra lengua escupe veneno.” Digo yo, Baveca, que dijo ella, ¿o no, Matilda?

—Como danzadera mayor del reino, yo, Matilda, certifico que ella, la misteriosa peregrina, lo dijo y añadió: “Sois como el rey despótico y cruel que despoja la realidad del mundo a su antojo y según soplan los vientos.” ¡Toma castaña, rufián! ¡Ja, ja, ja, ja!

—Y yo, Mesía de Leiva y mi mismísimo mono Plutón, damos fe de lo antedicho, añadiendo él: “¡Ah, ladrona de femenina voz! Habéis venido a sacar partido de mi arte.” ¿O no?

—Vale ya. Y tú, Plutón, devuélveme el sombrero. Que me basto yo solo para zaherirme. Gracias a todos por vuestras chanzas. Juro por los huesos de mis ancestros que yo, Cardelle de Albelda, pisaré la tierra por más que esté dura, hasta dar con la malasombra de la embozada peregrina. ¡Por estas!

—Amén. ¿Qué hacéis en Belorado como un vulgar juglar de a pie, Cardelle? Os creía en la corte de Navarra.

—Tenéis razón, Baveca. Servid más vino. Os cuento: allí estaba yo sirviendo a Fortún Ochoiz, señor de Viguera

y vasallo del glorioso rey Don Sancho III, a quien todos ya llaman, y no sólo por serlo sino también por sus proezas, el Mayor. ¡Salud a todos! Pero me cansé de los avatares y servitudes de la corte y preferí echarme a los caminos. Además vos no ignoráis que, sin hacerle ascos al lujo de palacio, hallo mayor placer en vagar libre como el viento, entre vihuelas, bailes y bureos.

—¡Dios da pan a quien no tiene hambre! Sabéis como envidio vuestra suerte. Y no solo porque me gustaría ser el juglar Baveca, de renombrada valía, sino porque el arte de remedar, que yo domino, es mucho más noble que el de malabarista, o que el de Matilda que, a golpes de pandero, se enzarza en torpes bailes. Por ello sueño con ser aceptado en la corte. En ella medraría y cambiaría mi suerte.

—Puede. Pero hora es ya de cenar. Cenemos.

Y antes de que anochezca, salimos de la taberna en dirección al pajar que unos lugareños nos ceden para pasar la noche y que está fuera de la puerta de Santiago, muy cerca del cauce del río Tirón. Corta fue la dormida. No soy dado a recordar mis aventuras entre pajas. Diría que la embozada se paseó insolente por las estrecheces de un lugar a pleno sol, aunque turbio. ¿Esta mostrenca no me deja ni en sueños? A lo que voy. Nos levantamos al alba y emprendemos la marcha hacia Nájera. A pesar de que no habíamos llegado juntos a Belorado, nadie se sorprende de que mis músicos y yo nos unamos al grupo, rumbo a la corte. Baveca y el flautista van delante, seguidos de Mesía con su mono, que se entretiene en sacar de quicio a mi violero y mi cedrero. Yo, remolón, cierro la comitiva, y a mi lado, cual lapa, Matilda quien, mujer al fin, quiere

hurgar en mis asuntos. Y digo bien, no me malinterpreten. A tenor del ruido de sus tripas azuzadas por el hambre se olvida del hombre. ¿O es acaso la miseria, y no la curiosidad, lo que no le permite entender que todo un juglar del rey renuncie a los privilegios de la corte?

—Lo tuyo, Cardelle, es de soplagaitas. Prefieres rodar por los caminos y recitar romances por plazas y mercados, por las ganas de ir a tu aire. ¡Líbreme yo de unirme a ti!

No seré yo quien la contradiga. Entre el hablar y el andar nos vamos quedando rezagados. Matilda, encorvada por el peso de sus razonamientos y por el de sus bártulos, resopla como un toro en la dehesa, pero no afloja el paso. El resto de la comitiva nos espera en el recodo del camino. El sol también. Lo tenemos sobre nuestras cabezas, pero diría que ya no agujonea como semanas anteriores. Y es que el verano ha sido especialmente tórreo, y sus rayos se clavaban como ponzoñoso espolón. Pero ahora, con el otoño en ciernes, este martes el sol resulta tibio y apenas calienta el aire de un vaho sospechoso... ¿Cómo? Sí, sí. Detengámonos en Grañón. Lo justo para reponer fuerzas, Baveca. Por si las moscas, y aprovechando un descuido de Matilda, vació rápido mi hinchada vejiga, justo a tiempo para reiniciar con soltura la marcha. Rumbo a oriente, dejando a nuestra espalda el sol que, habiendo reducido nuestras sombras a un punto, parece tener más prisa que nosotros por llegar a su destino. Y llegamos a Grañón entrada la noche. Dicen que con la oscuridad se acrecientan las dudas nacidas a la luz del sol. Como los gatos pardos, que platican tretas felinas entre la gatomaquia por zamparse ratones de buen roer al claro de la luna, así me sorprende yo echando cuentas sobre mis cuitas con la desconocida.